

ANA KARENINA CONTRA LA DIGLOSIA SIN BILINGÜISMO

Roberto Bein
Instituto de Lingüística
Universidad de Buenos Aires
Dirección: Ciudad de la Paz 506, 3º H
C1426AGJ Buenos Aires
Argentina
Tel./fax: (011) 4553-4397
rbein@filo.uba.ar, roberto.bein@gmail.com

RESUMEN

Sobre la base del estudio de las expresiones en lenguas otras que el ruso en *Ana Karenina*, de León Tolstoi, se cuestiona la conceptualización de “diglosia sin bilingüismo” con que Joshua Fishman caracteriza la situación lingüística de la Rusia zarista. Se analiza quiénes, en qué ocasiones y con qué finalidad usan las otras lenguas y cómo el propio texto tematiza ese uso, de lo cual se extraen conclusiones teóricas más generales sobre la aplicabilidad de la caracterización de situaciones lingüísticas concretas de las combinaciones de los conceptos de diglosia y bilingüismo.

Palabras clave: Multilingüismo literario – diglosia sin bilingüismo – lengua e identidad nacional y social

ANA KARENINA AGAINST DIGLOSSIA WITHOUT BILINGUALISM

ABSTRACT

Based on the study of the quotations in languages other than Russian in Leon Tolstoy's *Anna Karenina*, the author questions the conceptualization of “diglossia without bilingualism”, with which Joshua Fishman characterizes the linguistic situation of Tsarist Russia. The article analyzes by whom, in which occasions and to what end other languages are used, and how the text itself makes a theme of that usage. More general theoretical conclusions are drawn about the combination of the concepts of diglossia and bilingualism as a characterization of concrete linguistic situations.

Key words: Literary multilingualism – diglossia without bilingualism – language and national and social identity

INTRODUCCIÓN

En este artículo queremos tratar un aspecto teórico puntual que, sin desmedro de la inmensa contribución de Joshua Fishman a la sociolingüística y la sociología del lenguaje, nos ha llamado la atención porque nos parece dudosa o incluso errónea su aplicación a algunas situaciones concretas: la existencia de la “diglosia sin bilingüismo”. Con ese fin estudiaremos el fenómeno en una obra literaria representativa de una de las situaciones de diglosia sin bilingüismo a las que se refiere Fishman: la de la aristocracia rusa zarista, en *Ana Karenina*, de León Tolstoi.

EL MULTILINGÜISMO LITERARIO EN *ANA KARENINA*

La presencia de más de una lengua en textos literarios viene de antiguo. Ya en la Biblia se opera esa ruptura de la isoglosia: en el Antiguo Testamento, escrito en hebreo, hay algunas partes en arameo, y en el Nuevo Testamento, tanto en el Evangelio según San Mateo (27:46) como en el Evangelio según San Marcos (15: 34) aparece un pasaje en arameo en medio del texto en griego. Poco antes de su muerte,

“alrededor de la hora nona Jesús exclamó con fuerte voz: *¡Eli, Eli!, ¿lama sabajtani?*, esto es: *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?*”^{vii}

Este pasaje, que también aparece en el Salmo 22, se conserva en arameo en las traducciones a otros idiomas, y hay quienes interpretan la heteroglosia como el abandono del Padre bondadoso, amante de sus criaturas, del Nuevo

Testamento, y el regreso al Dios severo y castigador del Antiguo Testamento.

No es nueva, pues, en la literatura, la copresencia de varias lenguas ni lo es la interpretación del cambio de lengua. En las últimas tres décadas incluso el llamado multilingüismo literario ha sido estudiado desde diferentes perspectivas: desde los estudios identitarios, como el ensayo de G. Deleuze y F. Guattari (1975) sobre Kafka, pasando por los enfoques literarios, como un artículo de I. Logie (2003) sobre el plurilingüismo en Cortázar, hasta los estudios sociolingüísticos y de sociología de la comunicación, en que se analiza tanto la función ideológica de la mezcla de lenguas, como en el libro de P. Arnau, P. Joan y M. Tietz (eds.) (2001) *Escribir entre dos lenguas*, como los motivos sociales – entre ellos, la diglosia– para la elección de la lengua en la que escriben autores de lengua primera minoritaria, como una obra al respecto de G. Kremnitz (2004).

Pero aun cuando el fenómeno no sea nuevo y se encuentren ejemplos de todos estos casos en la literatura de Rusia (autores no rusos que escriben en ruso, como N. Gógol; autores rusos que escriben en francés, como P. Chaadaev o que insertan pasajes alóglotas, sobre todo en francés, como F. Dostoievski), sorprende la profusión de expresiones en otras lenguas en *Ana Karenina*: hemos contado no menos de un centenar de fragmentos en francés, alemán e inglés, y también algunas citas en latín y unas palabras en italiano. Además, en el caso de cartas personales, el narrador indica que están escritas en francés^{vii}. Si a esto le sumamos el hecho de que en la traducción al castellano –lengua en la que nos hemos visto obligados a leer la novela por desconocimiento del ruso– figuran préstamos en ruso que carecen de equivalentes referenciales o léxico-

semánticos^{vii} en castellano, como “mujik” y “versta”, se comprenderá fácilmente que nos hallamos ante un abigarrado repertorio lingüístico de gran interés para todo sociólogo del lenguaje.

Pues de aquí se desprenden inmediatamente varias preguntas: ¿qué personajes usan y cuáles no usan otras lenguas?, ¿en qué circunstancias las usan?, ¿se puede leer una finalidad en ese uso?, ¿se lo puede correlacionar con variables culturales, sociales o, eventualmente, literarias? En otros términos, el plurilingüismo lleva a la pregunta sociolingüística clásica de quién dice qué cosa a quién, cuándo, dónde, cómo, por qué y para qué, donde en el “cómo” debemos incluir, en este caso, “en qué lengua”.

Estas preguntas no las contestaremos de inmediato; primeramente recorreremos el camino en cierto modo inverso, desde la sociología del lenguaje hacia el texto, interrogándonos acerca de la formulación de “diglosia sin bilingüismo” de Fishman.

DIGLOSLIA SIN BILINGÜISMO

En su *Sociología del Lenguaje*, Joshua Fishman (1972) retoma su concepción de diglosia de 1967: hay casos en los que en el seno de una nación conviven dos lenguas o variedades con distinto reparto funcional: una lengua o variedad alta, dotada de mayor prestigio y usada por los sectores más elevados de la sociedad, y una lengua o variedad baja, que es el repertorio lingüístico de los sectores inferiores. Este reparto funcional a la par que social modificaba un tanto la concepción de diglosia tal como aparecía en el famoso artículo de Charles

Ferguson (1959): conservaba la diferencia de prestigio y funcional de las variedades alta y baja(s), pero distinguía la diglosia del bilingüismo, al que consideraba la capacidad individual de manejar dos lenguas, aun cuando se tratara del bilingüismo de masas. De allí resultaban las posibilidades de combinación de bilingüismo y diglosia (presencia de ambos, ausencia de bilingüismo o de diglosia o ausencia de ambos). Pero además, dado que las lenguas en presencia no eran necesariamente variedades de una misma lengua sino que se podía tratar de lenguas distintas –con lo cual desestimaba la necesidad de la proximidad estructural de las variedades–, podía haber, según Fishman, casos en que la variedad baja no fuera la hablada en la conversación cotidiana por toda la comunidad ni la alta se adquiriese solo a través de la enseñanza escolar, e incluso podrían encontrarse situaciones en que la nación se dividiría en dos comunidades monolingües que mantendrían entre sí una relación diglósica. Estas situaciones las describe de la siguiente manera (Fishman 1972: 126 y 128):

Ahora encontramos dos o más comunidades lingüísticas unidas política, religiosa y económicamente en una unidad en funcionamiento a pesar de las diferencias socioculturales que las separan. En el nivel de esta unidad mayor (aunque no siempre voluntaria) debemos reconocer la existencia de dos o más lenguas o niveles. Sin embargo, una o ambas comunidades lingüísticas implicadas se caracterizan por tener fronteras de grupo relativamente impermeables, de modo que el acceso funcional y lingüístico para los “forasteros” está severamente restringido. [...] Al

mismo tiempo, los repertorios lingüísticos de uno o ambos grupos están debidamente limitados debido a la especialización funcional. No es difícil encontrar ejemplos de tales situaciones (vid. Por ejemplo los muchos casos enumerados por Kloss 1966^a). Las élites europeas anteriores a la I Guerra Mundial a veces tenían esa relación con sus paisanos, hablando francés o alguna otra lengua A de moda para sus fines internos, y la masa, otra lengua, no necesariamente relacionada lingüísticamente con aquella, para sus [propios] fines internos (en distintas épocas y lugares: danés, salish, provenzal, ruso, etc.). Ya que la mayoría de las élites y la mayoría de las masas nunca se relacionaron, *no formaron una comunidad lingüística única* (es decir, sus repertorios lingüísticos eran discontinuos) y sus comunicaciones externos se realizaban mediante traductores e intérpretes (una señal cierta de monolingüismo interno). Ya que la mayoría de las élites y de las masas llevan vidas caracterizadas por repertorios funcionales extremadamente estrechos, sus repertorios lingüísticos fueron también demasiado estrechos para posibilitar el desarrollo de un bilingüismo social extenso.

Fishman cree, entonces, que en la Rusia zarista la aristocracia hablaba en francés, y el pueblo, en ruso, y que la comunicación interclases se efectuaba por medio de personas bilingües que oficiaban como intérpretes. Es cierto que una serie de autores convalida esta caracterización, al menos hasta cierto punto; así, entre otros, H. Pfandl (2008) asegura que en el siglo XVIII y hasta mediados del siglo XIX la lengua dominante entre la nobleza alta y en parte entre la nobleza

media fue el francés: los aristócratas usaban el francés para comunicarse con sus iguales, la vida mundana transcurría en francés, las cartas también se escribían en esa lengua (por ejemplo, las de Pushkin al zar en francés), la literatura extranjera se lee en traducciones francesas e incluso la *clarté française* (“escribir como se habla”) sirve de modelo al ruso. Pero la historia de las lenguas en Rusia es más compleja; baste señalar que superada la diglosia entre el antiguo eslavónico eclesiástico y la lengua popular, sobre todo con el zar reformista Pedro el Grande (1672-1725) el ruso se modernizó e incorporó miles de préstamos de diversos idiomas europeos: del holandés (en los dominios de la navegación y la artesanía), del alemán (en los de la vida cotidiana, la artesanía y las ciencias) y del francés (en los de la comida, el arte, la vestimenta y el léxico cultural abstracto), así como calcos de diversas lenguas europeas y clásicas. El problema de que no hubiera aún un estilo oral culto normado que pudiera servir de base para la literatura llevó a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX a corrientes opuestas: la de los puristas o arcaístas, que luchaban contra los galicismos, y la de los innovadores, convencidos de la necesidad de que el ruso se abriera a fraseologismos, construcciones sintácticas y léxicas de otras lenguas europeas para enriquecerse. “El hombre que unió ambas corrientes en su obra y supo incluir en su obra de manera diferenciada estilísticamente tanto elementos del eslavo eclesiástico como de la lengua popular y también derivados del francés fue Alejandro Pushkin (1799-1837), con quien en realidad comienza la historia del ruso moderno.” (Pfandl, 2008:7).

Ello no obstante, y sin que queramos ni podamos desmentir el uso habitual del francés por parte de la nobleza, lo que la lectura de *Ana Karenina* y de otras obras del período no convalidan es la afirmación de que esa nobleza se habría comunicado con el pueblo mediante intérpretes, puesto que la conversación habitual de los personajes encumbrados transcurre en ruso. Se podrá argüir que Tolstoi crea ficción y que el basarnos en testimonios literarios en lugar de hacerlo en el sofisticado despliegue estadístico de los modernos trabajos de campo sociolingüísticos nos hace caminar sobre terreno epistemológicamente cenagoso. Sin embargo, podemos contraargumentar con el criterio de autoridad: nadie le ha reprochado a Tolstoi un uso excesivo de la lengua rusa en boca de los nobles en su representación de la Rusia de los zares; por el contrario, un crítico como O. Figes (2007) sugiere, a propósito de *La Guerra y la Paz*, que hay una estrategia deliberada de Tolstoi de usar el francés para retratar lo artificioso y la falta de sinceridad, como la lengua del teatro y del engaño, mientras que el ruso emerge como la lengua de la sinceridad, la honestidad y la seriedad.

Incluso podemos inferir de *Ana Karenina* que la presencia de otras lenguas se restringe a determinados ámbitos: la cita en italiano, “Il mio tesoro”, pertenece a un aria de *Don Giovanni*, de W. A. Mozart; en francés aparecen los platos de un restaurante aristocrático: “soupe printanière, turbot sauce Beaumarchais, poulard à l'estragon, macedoine de fruits...” (vol. I, p.40^{vii}), así como las órdenes y observaciones en el baile: “grand rond”, “chaîne”, “pardons, mesdames” (vol. I, p.83 ss.) y las cartas personales (vol. II, p.83 y 89). Los hijos del príncipe

Oblonsky tienen una institutriz francesa (y el príncipe mismo, una *liaison* con la institutriz); en alemán habla el administrador al calcular el costo del alambre y las máquinas segadoras (vol. II, p.199).

Esta distribución nos lleva a afirmar, con Fishman y contra él, que existe una división de funciones en el empleo de las lenguas de parte de la nobleza, pero que de ninguna manera abjura del ruso ni, mucho menos, lo ignora. En principio ese conocimiento y uso de distintos idiomas con prevalencia del francés es una marca de esa clase cuyos círculos más encumbrados formaban parte de un sector social paneuropeo que viajaba mucho y trabajaba poco, pasaba sus vacaciones en reductos campestres o playas de diversos países, amaba la cocina francesa, se deleitaba con la ópera italiana, tenía administradores alemanes y consideraba que el conocimiento de lenguas formaba parte de la buena educación, como la equitación o la danza. Por eso aprendía lenguas extranjeras a temprana edad en el hogar, por lo común, con institutrices o preceptores particulares.

QUIÉNES USAN LAS OTRAS LENGUAS

Esto nos lleva a contestarnos algunas de las preguntas sociolingüísticas formuladas más arriba. ¿Quiénes hablan en francés y en lenguas otras que el ruso en la novela? Lo hacen sobre todo el príncipe Oblonsky, la princesa Sherbatskaia, el conde Vronsky y Ana Karenina, hermana del príncipe Oblonsky. Betsy, una amiga un tanto *snob* de Ana, entremezcla pasajes en inglés: “We'll have a cosy chat.” (vol. II, p. 302), y Ana misma también lo domina: “Please,

order the tea in the drawing-room.” (vol. II, p. 266). Por el contrario, jamás se aparta del ruso Levin, el acaudalado terrateniente que se casa con la princesa Kitty, aunque por su educación comprenda tanto el francés como el alemán. Los ejemplos podrían multiplicarse; en definitiva, la conclusión es que solo los nobles y unos pocos sirvientes de la nobleza, como institutrices y camareros, emplean los otros idiomas. En una sola ocasión un mujik habla en francés, pero eso ocurre precisamente en una pesadilla de Ana:

-El mujik buscaba en el saco y hablaba muy de prisa, en francés, haciendo muecas: *Il faut battre le fer, le broyer, le pétrir...* Quise despertarme y me desperté...” (vol. I, p.369)

En el texto de la novela, no solo los personajes emplean las otras lenguas, sino también el narrador en el discurso indirecto libre:

Vronsky presentía que excepto aquel señor insensato casado con Kitti Scherbatskaia, el cual, *à propos de bottes*, le había dicho con desenfrenada ira una serie de tonterías que no vienen a cuento, todos los nobles que iba conociendo se tornaban partidarios suyos (vol. II, p. 231).

Este pasaje es, desde luego, irónico: quien representa los ideales de justicia social de Tolstoi es precisamente “aquel señor insensato”; la ironía se ve reforzada por la expresión en francés, dado que esta duplica el efecto de distanciamiento entre los puntos de vista del narrador y Vronsky, efecto paradójicamente provocado por el acercamiento enunciativo, es decir, por la contaminación de voces a través de los subjetivemas y la asunción de la heteroglosia.

PARA QUÉ USAN LAS OTRAS LENGUAS

Ya habíamos señalado que determinados asuntos y prácticas la nobleza los realizaba típicamente en otras lenguas; sobre todo, en francés. También podemos comprobar que muchos de los fragmentos heterolingües, que abarcan desde palabras sueltas hasta todo un poema recitado por Stepan Arkadievich en alemán, son ya apelativos (“maman”), ya expresiones típicas que las personas “cultas” usan en otras lenguas, como “honni soit qui mal y pense”, “enfant terrible”, “disons le mot”, “small talk” y “o, sancta simplicitas!”. Por tanto, se trata siempre de marcas de clase, ya de identificación, ya de manifestación de la educación privilegiada de que gozan los poderosos.

Pero ocurre, además, que el libro no solo *incluye* lenguas distintas, sino que, como veremos, *tematiza* el problema, puesto que la relación con el poder se manifiesta aun más nítidamente cuando se viola la distribución de lenguas. En la consideración social, sin duda un camarero de la aristocracia ocupa un rango mucho más elevado que un tabernero de pueblo. Por eso, no puede menos que fastidiar al camarero que un noble use el ruso en lugar del francés al pedirle la comida: para decirlo en términos de François Flahault (1978), levantar la insignia que representa el ruso en un lugar en el que el francés es de regla le confiere al camarero de la aristocracia una ubicación conversacional inferior a la establecida por el registro ideológico cristalizado en la convención social. Así lo hace Stepan Arkadievich en el siguiente fragmento (vol. I, p.40), y, peor aún, delante de Levin, su amigo no aristocrático:

–Bueno; pues nos vas a traer ostras; dos... será poco; tres docenas; sopa de verdura...”

El camarero entabla entonces una furiosa negociación conversacional en torno al código corrigiendo el nombre de la sopa de verdura:

–*Printanière*– dijo el camarero.

Pero al parecer, Stepan Arkadievich no deseaba proporcionarle el placer de poner nombres franceses a los platos.

Así continúa el fragmento, con Arkadievich nombrando platos y champaña en ruso y el camarero traduciéndolos al francés, negociación de la que el camarero sale perdidoso, exclamando:

–Muy bien. ¿Le traigo queso *del suyo*, señor?

No obstante, podemos preguntarnos si –además de “espejo de la realidad” como procedimiento de verosimilización propia del realismo– la señalización del poder en un contexto diglósico es la única función del plurilingüismo, ante fragmentos como el siguiente, que involucra a la princesa Daria (Dolly) Alexandrovna, a su hija Tania y al plebeyo Levin:

- [...] ¿Qué quieres, Tania?– preguntó [Daria], en francés, a la niña que entraba.

– ¿Dónde está mi pala, mamá?

–Te hablo en francés; contéstame igual.

La niña quería decirlo así, pero se le había olvidado cómo se decía “pala” en francés; Dolly se lo recordó, y luego le dijo, siempre en francés, dónde tenía que buscarla. Aquello disgustó a Levin.

Ahora todo lo parecía menos agradable que antes en casa de Daria Alexandrovna, así como en sus niños. “¿Para qué hablar en francés con los niños? –pensó–. Qué poco natural y qué falso es esto; los niños lo perciben. Enseñarles a hablar el francés y quitarles la costumbre de la sinceridad”, seguía reflexionando, sin saber que Daria Alexandrovna había pensado lo mismo veinte veces; pero había llegado a la conclusión de que era imprescindible educar así a sus hijos, aun a costa de la sinceridad. (vol. I, p. 278)

La idea de que no hablar en ruso, además de marca de clase, significaba “quitar la costumbre de la sinceridad” implica que el ruso no era solo la lengua del pueblo analfabeto, de esos cuatro quintos de la población constituida por campesinos que hasta 1861 estuvieron sometidos al régimen de servidumbre. Era también símbolo de identidad en medio de un vasto abanico de luchas complejas en la Rusia decimonónica entre occidentalistas y eslavófilos, cruzadas con las disputas entre autoritarios y demócratas a partir de la revolución de diciembre de 1825, con la sumisión de las naciones no rusas conquistadas por el Imperio Ruso (1721-1917) y sometidas a rusificación, así como con la peculiar posición político-social y educativa de Tolstoi en ese entramado. Pues Tolstoi probablemente combinara un profundo humanismo y sentimiento de solidaridad con cierto rechazo del igualitarismo, y un reflejo de tal posición podría ser el hecho de que, pese a la denuncia de la “insinceridad”, de todas maneras utilice otras lenguas. De todas maneras, no podemos olvidar que Tolstoi fundó ya a los 21 años una escuela para campesinos pobres en su propiedad familiar y que luego elaboró

principios pedagógicos basados sobre todo en la libertad: el alumno debía realizar su propio esfuerzo de manera autónoma sin ser obligado por el maestro a adquirir el conocimiento. También abogaba por que el pueblo creara sus propias escuelas adecuadas a sus necesidades, planteó la necesidad de que la actividad educativa se investigara científicamente mediante un análisis que abarcara los aspectos sociológicos y psicológicos del niño, consideraba muy importantes los conocimientos adquiridos fuera de la escuela e incluso editó una revista pedagógica y publicó en 1872 un manual de lectura para niños pequeños. Todo ello se desarrollaba en lengua rusa.

En suma, se podría inferir que los cambios de lengua no son solo consecuencia del reflejo realista, sino que también funcionan como insignias para diseñar y/o consolidar las “ubicaciones” de los personajes, refuerzan la ironía en el discurso indirecto libre y pueden incluso interpretarse como manifestación de la posición sociopolítica, ideológica y filosófica del autor. Cabría estudiar más en detalle, entre otros aspectos, en qué contextos se usan las otras lenguas y qué función cumple cada una de ellas (por ejemplo, si acaso el inglés siempre va asociado a la frivolidad).

SÍNTESIS

El francés lo usan los nobles, no los plebeyos pudientes. También lo usan los sirvientes en relación directa con la nobleza. Sirve asimismo para dirimir ubicaciones conversacionales, relaciones de poder interpersonales y para manifestar posiciones político-ideológicas: lo ruso frente a lo no auténtico. Lo que

las expresiones alóglotas de *Ana Karenina* parecen volver insostenible es que en la Rusia del siglo XIX haya existido (o siguiera existiendo) una situación generalizada de diglosia sin bilingüismo: había cuando menos diglosia con multilingüismo activo entre la nobleza y sus sirvientes, multilingüismo pasivo entre los ricos plebeyos y monolingüismo en los sectores populares. Además, no se puede desvincular el uso de las lenguas de la compleja trama de luchas nacionales y sociales y posiciones político-ideológicas en el Imperio Ruso, ni de la tardía pero vigorosa evolución de la literatura rusa a partir de Pushkin, de manera que tampoco resulta tan nítido que la lengua alta se usara solo para las funciones que la sociedad consideraba elevadas ni que fuera la única lengua usada para tales funciones por el sector dominante. Ni tampoco, por supuesto, que las situaciones de diglosia se mantuvieran iguales a lo largo del tiempo.

Debemos señalar que Fishman mismo percibió que su esquema de las cuatro combinaciones de diglosia y bilingüismo era demasiado simplificador para abarcar todas las situaciones posibles. Como lo señala A. Hudson (2002:14),

El propio Fishman sintió que “una sola teoría que nos permita entender, predecir e interrelacionar ambos fenómenos [diglosia y bilingüismo] es ejemplo de un envidiable ahorro excesivo [parsimony] en las ciencias de la conducta” (Fishman, 1967: 32-33) [traducción nuestra, R.B.]

Todo ello no nos lleva a postular la debilidad del concepto de diglosia, que por cierto ha adquirido múltiples matices (cf. Fernández, 1993), ni tampoco negar la existencia de las situaciones de diglosia sin bilingüismo, de las que tenemos muchos ejemplos aún hoy, como la que existe aparentemente entre el nepalí,

lengua indo-irania, y el newari, lengua de origen sino-tibetano, en zonas de Nepal. Ciertamente, los sociolingüistas catalanes y occitanos criticaron las formulaciones norteamericanas de los años sesenta y setenta por su visión ahistórica y “pacífica” (no conflictiva) de la diglosia (Ferguson, Fishman, Sankoff, etc.) porque consideraban que el hecho de que una misma comunidad use dos lenguas o variedades distintas con funciones distintas no es algo “normal” sino producto de una imposición política. A su vez, la diglosia como necesariamente conflictiva y la necesidad de su resolución política mediante la normalización lingüística fue luego cuestionada por otros sociolingüistas catalanes (Banyeres y Romaní, 1994) que proponían un análisis más diferenciado situacional y temporalmente: la normalización lingüística como anulación de la diglosia (como la de las lenguas vulgares frente al latín en el humanismo), como reversión de la sustitución lingüística (como cuando los jóvenes vascos aprendían en las “ikastolas” la lengua de sus abuelos que sus padres habían abandonado), como “bilingüización” de los alófonos (que entraña al mismo tiempo la reversión de la sustitución lingüística y comprende a toda la sociedad) y como sustitución de la lengua antes dominante (que podría ser el propósito de la política lingüística catalana actual, aunque los autores no lo digan expresamente).

A lo que nos conduce la lectura contextualizada de los fragmentos no rusos de *Ana Karenina*, en cambio, y siempre dentro de los límites que impone basarse en una obra de ficción, es a dudar de la aplicabilidad de la caracterización de “diglosia sin bilingüismo” de Fishman para la Rusia zarista y, más en general, a reafirmar, si hiciera falta, que la aplicación de estas categorías fishmanianas

como orientadoras y tendenciales no anula la necesidad de aguzar la mirada sobre las diversas causas y condiciones concretas que puede tener la coexistencia de comunidades (casi) monolingües cuyas lenguas guardan entre sí una distribución jerárquica muy desigual, incluso porque ese análisis puede llevar a propuestas político-lingüísticas diferenciadas.

BIBLIOGRAFÍA

- Arnau, Pilar, Pere Joan Tous y Manfred Tietz, Manfred (eds.) (2002): *Escribir entre dos lenguas. Escritores catalanes y la elección de la lengua literaria/Escrire entre dues llengües. Escriptors catalans i l'elecció de la llengua literària*. Kassel: Reichenberger (Problemata Literaria 54).
- Banyeres, Jordi y Joan-Maria Romaní (1994): "L'exhortation à la "normalisation" ou *Ho volem tot en català* (Nous voulons tout en catalan), en *Lengas*, 35, 27-44.
- Bein, Roberto (1996): "La «equivalencia cero» intralingüística", en *Voces*, 6, 15-20.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari (1978): *Kafka, por una literatura menor*. México: Era [orig. *Kafka, pour une littérature mineure*. París: Les Éditions de Minuit, 1975].
- Ferguson, Charles (1959): "Diglossia", en *Word* 15, 325–340.
- Fernández, Mauro (1993): *Diglossia: A Comprehensive Bibliography 1960–1990*. Amsterdam: Benjamins.

- Figes, Orlando (2007): "Tolstoy's Real Hero", en *NYRB*, 4-7.
- Fishman, Joshua (1967): "Bilingualism with and without diglossia; diglossia with and without bilingualism". *Journal of Social Issues* 23(2), 29–38.
- Fishman, Joshua (1972): *The Sociology of Language. An Interdisciplinary Science Approach to Language in Society*. Rowly, Mass.: Newbury House.
- Flahault, Francis (1978): *La parole intermédiaire*. París: Seuil.
- Hudson, Alan (2002): "Outline of a theory of diglossia", en *International Journal of the Sociology of Language* 157, 1-48.
- Kremnitz, Georg (2003): *Mehrsprachigkeit in der Literatur. Wie die Autoren ihre Sprachen wählen*. Viena: Praesens.
- Logie, Ilse (2003): "Plurilingüismo y traducción en la obra de Julio Cortázar", en *Ciberletras, Revista de crítica literaria y cultura*, nº 10, en www.lehman.cuny.edu/ciberletras [último acceso: 4-04-09].
- Pfandl, Heinrich (2008): "Die Herausbildung des Russischen", en www.uni-graz.at/slaw4www_hp_herausbildungrussisch.doc [último acceso 5-06-09].

CORPUS

- Tolstoi, León (1969): *Ana Karenina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. Traducción: Irene y Laura Andresco [orig.: 1869].